

VIAJE A CUBA

Por AQUILINO DUQUE

1. EL AVE Y LA SERPIENTE

El que quiera desintoxicarse de la lectura de periódicos, vaya a Cuba, a la Cuba roja, donde no hay más diarios que el *Granma* y *Juventud rebelde* que pregonan desganadamente unos vejetes con traza de mendigos. A la terraza del Louvre, desde donde los señoritos habaneros arrojaban vasos y ceniceros al paso de las tropas españolas y don Nicolás Estébanez pronunció una encendida arenga en protesta por el fusilamiento de unos estudiantes, se acerca uno de ellos pregonando con boca desdentada y tonillo de guasa:

- ¡El *Granma*, el único periódico de América Latina que no dice mentiras! ¡Todo lo que dice el *Granma* es la pura verdad!

Y es que el cubano tiene un finísimo sentido del humor. Hace años, en la Sevilla de la inmediata trasguerra, oí alguna vez a un vendedor ambulante pregonar los tres periódicos locales, a saber, *ABC*, *El Correo* y *F. E.* (nuevo avatar del antiguo *Liberal*). Gritaba aquel vendedor sevillano: ¡*ABC*, *El Correo*, *Falange*! Pero como en el habla popular “falange” se hace “falage”, no se sabía muy bien si el humorista involuntario aquel decía “falage” o “malage”.

También en las vallas que protegen los andamios de algún edificio en reparación o en alguna tapia de corralón ruinoso o en algún cartel de autopista, se leen medio despintadas por la intem-

perie algunas consignas oficiales: *Un mundo mejor es posible; Son las ideas las que iluminan al mundo; Nadie podrá siquiera mellar nuestro brillante porvenir*. De lo primero no cabe la menor duda, si se piensa en lo que La Habana fue, es y puede volver a ser; de lo segundo se deduce que en La Habana debe de haber pocas ideas, a juzgar por lo oscuras que están sus calles en cuanto anochece; en cuanto a lo tercero baste decir que es una frase de un discurso pronunciado por el Jefe Máximo en una localidad llamada Ciego de Ávila. Ceguera hay en el orador si emplea el plural mayestático; clarividencia en cambio si se refiere al país cuando él falte. Recuerdo haber leído en Italia antiguas consignas del *Ventennio* despintadas por la lluvia en los muros de una vieja fábrica, en las tapias de una línea férrea: *Le mete saranno raggiunte; Credere, ubbidire e combattere*. Extraiga cada cual las conclusiones que quiera. Yo se lo he dicho a todo el que me lo ha preguntado: “Al país le auguro un gran porvenir; al régimen, ninguno.”

Hace ya muchos años que pude observar que las “contradicciones internas” que los marxistas de salón señalaban en el capitalismo, eran una fruslería en comparación con las contradicciones patentes del socialismo. Cuba no es excepción. La instancia suprema aquí no es la Revolución, sino el *Almighty dollar*, ante el que la propia Revolución no tiene más remedio que humillarse, por pura coherencia materialista. También en Cuba, donde se quiso hacer compatible el marxismo con el surrealismo, la realidad es paradójica. Otra de las grandes paradojas de su absurdo sistema es la excelente calidad de su política educativa. Puede decirse que la casi totalidad de los cubanos tiene una preparación muy buena, aparte de que en general son ingeniosos, emprendedores y buscavidas. Lo malo es que esa preparación les sirve de muy poco, ya que el mismo sistema que se la proporciona, es incapaz de proporcionarles destinos profesionales adecuados. Médicos, ingenieros, maestros, tienen que buscarse la vida con mil expedientes de fortuna. Repárese en lo que un país mimado por la naturaleza y con ese capital humano acumulado puede dar de sí el día en que se desembarace de su anacrónico sistema.

Ese sistema nos sedujo a muchos. Jorge Mañach le escribía en aquellos días de euforia a un amigo español: “La Revolución es un huevo, del que lo mismo puede salir un ave que una serpiente.” ¿Quién se acuerda en Cuba de Jorge Mañach?

2. LO SOCIAL Y LO HUMANO

El escritor Calvert Casey, en un precioso librito titulado *Memorias de una isla*, publicado cuando aún estaba inmerso en la pachanga cultural de la incipiente Revolución cubana, proponía una revisión del costumbrismo decimonónico que nos dejó de la Gran Antilla una imagen romántica, colorista y amable. Esa imagen era falsa porque sólo era media imagen, la cara iluminada de la luna, mientras se ocultaba y silenciaba la cara sombría, la imagen sórdida, la de las masas que no hacían “vida social” en la acepción burguesa del término. La Revolución pondría remedio a ese estado de cosas, si no con efecto literario retroactivo, sí con efecto social inmediato, pues fue desde entonces esa “masa desconocida” la que ocuparía el proscenio de la Historia. Esa “gente que nunca salió en las crónicas de **La Habana Elegante** ni veraneó en la Seiba ni bailó en la Playa”, como escribía Casey, esa “masa anónima” saldría por fin al primer plano, no ya literario, sino social, y ocuparía las quintas del Vedado, las casitas mesocráticas con jardín de Marianao, las mansiones porticadas de Centro Habana, los pisos frente al mar del Malecón. Este marmoto igualitario sólo se detendría ante las fastuosas residencias de Miramar, reservadas al Cuerpo Diplomático y a los jefes de la Revolución. De este modo, La Habana quedaría convertida en una especie de Pozo del Tío Raimundo. El Pozo del Tío Raimundo fue en tiempos el crisol madrileño del catolicomunismo e ignoro si sigue siéndolo, pero muchos de los que iban a él para “concienciarse” subirían con el tiempo a otras esferas donde se podía vivir mejor sin tener por ello que abdicar de la “conciencia de clase”.

Las orgías siempre acaban mal y a las altas mareas de antaño suceden las profundas resacas de hoy. De este modo, aquella “masa anónima” que, según los marxistas, hace la Historia y, según las personas sensatas, la padece, iría retrocediendo del proscenio para dejar paso a las “fuerzas del progreso”. Un botón de muestra puede ser el Malecón de La Habana, cuyos majestuosos edificios, una vez desalojados los infelices que en ellos hicieron la Revolución, empiezan a ser restaurados por cuenta de la Junta de Andalucía. Todo sea por el socialismo y el turismo.

Una de las primeras medidas de la Revolución triunfante fue cerrar los hoteles, muchos de los cuales, como el Hotel Sevilla, entre el Prado y Trocadero, funcionaban como casinos de juego. Los hoteles de hoy, renovados, puestos al día, son maravillosos oasis de la sociedad de consumo que permiten visitar el mundo socialista sin tener que sufrir sus inconvenientes. Porque a veces Cuba es como la guerra para los italianos, “bella ma incòmoda”. Yo me he visto a las seis de la tarde –en el trópico además anochece de golpe– en un “carro” soviético de chapa corroída y sin gasolina a cien kilómetros de la capital y a diez del único surtidor existente entre La Habana y Pinar del Río. Apenas nos habíamos apartado al arcén, delante de un camión cuyo conductor comía en una especie de venta donde alquilaban habitaciones, cuando llega, pedaleando cansinamente, un hombre de campo con gorra caqui y bigotes caídos. Uno de mis acompañantes se dirigió a él:

- Ven p'acá, “henmano”, ¿que tú sabes de alguien que nos vendiera uno o dos litros de gasolina pa llegar al Cupex? ¿Está lejos? Se le pagaría en divisas.

- El Cupex está a unos seis kilómetros. Le pregunto a mi cuñado, que a lo mejor tiene algo.

- ¿Vive muy lejos tu cuñado?

- No; a veinticinco metros. Si dentro de un cuarto de hora no vine, es que no tiene.

Mis acompañantes hicieron vagas exploraciones sin resultado por los alrededores. El Cupex (la estación de servicio) no estaba a seis kilómetros, sino a diez. La noche se avecinaba y ya me veía pasando la noche a la intemperie o en aquel bohío donde cenaba el camionero. Éste, menos mal, le dijo a uno de ellos que así que acabara de comer lo llevaría hasta la gasolinera. En ese momento, vemos venir al de la bicicleta con una lata de gasolina.

- ¿Cuánto es?

- Pse... Sesenta pesos.

- Dale dos dólares – me dijo mi amigo.

- ¡Pero esto es mucho! – protestó el viejo.

- ¡Si ha sido usted la Providencia! – le dije.

- Es que pa eso estamos, pa ayudarnos en lo que podamos.

España es muy diversa y cada una de sus regiones es un mundo. Además, hay regiones de España que nunca visité, por ejemplo, las Baleares, con lo cerquita que están de la Península y con la de años que me he llevado haciendo *la spola* entre Italia y España. Por la misma regla de tres que conocí Méjico antes que Granada, en lugar de ir a unas islas que están como aquel que dice a la vuelta de la esquina, me veo en una isla que está a diez horas de vuelo y estaba a diez días de navegación. Decía Rafael el Gallo – lo recordaba Agustín de Foxá – que iba a iniciar su temporada en la plaza de La Coruña, “a la vera de La Habana”. Para mí, ir a Cuba ha sido como visitar una de las muchas regiones de España que aún no conocía.

3. LA NOCHE DEL AGUACERO

Cualquier cosa que se diga sobre Cuba es un descubrimiento del Mediterráneo. Desde *Fray Candil* y Cirilo Villaverde hasta Lezama y Carpentier son incontables las descripciones y los relatos de una isla que siempre nos fue muy próxima. Hasta el que suscribe puso en ella sus pecadoras manos antes de conocerla. Ahora, pocos la han vivido y contado como Agustín de Foxá. ¿Cómo olvidar aquella crónica suya en la que nos dijo que, con el terrón de azúcar y el café, el tabaco y el ron, Cuba había inventado la sobremesa? También nos enumera las frutas tropicales: el caimito, el anón, el mamey, la piña, los plátanos, la fruta bomba por mal nombre papaya, el coco, la guanábana, el mango, la chirimoya... Un escritor de nuestro tiempo, Antón Arrufat*, diserta sobre el explosivo eufemismo de la fruta bomba y hace poesía a su vez con otras cuatro frutas: el marañón, el mamey, el caimito y la piña. Arrufat, transfigurado en Aguafiestas, cita a la condesa de Merlín, cronista de la buena sociedad habanera, cuando dice que el mamey constituye el alimento “de las almas bienaventuradas en los valles del otro mundo, según la creencia de los habitantes de Haití”. Del cai-

(1) Antón Arrufat. *La noche del Aguacero*. Premio Alejo Caentier de Novela. Premio de la Crítica, 2000. Ed, Letras Cubanas La Habana, 2003.

mito dice Foxá que es “de entraña morada, de un rosa violeta”; Arrufat, que es “por dentro una maravilla, del sepia muy pálido al morado obispo, un laberinto luciente de cuarzo...”. Yo me acuso de haber manoseado poéticamente la guanábana sin conocerla, seducido por el ritmo esdrújulo del nombre. No es menudito disparate en efecto decirle a una mulata imaginaria que tenía “piel de guanábana oscura”, siendo así que la piel de la guanábana es verde y rugosa con agudos forúnculos, una piel de saurio tropical. Es también el Aguafiestas quien recoge la observación de la misma condesa de Merlín de que los cubanos “comen como los pájaros”, de que los cubanos son frugales, y añade ya por su cuenta que sólo hay tres cocinas en el mundo, a saber: la francesa, la china y la mejicana. El Aguafiestas se hace estas reflexiones en un restaurante chino de La Habana, con toda seguridad del Bulevar que, contra lo que su nombre sugiere, no es más que una callecita corta y estrecha del por lo demás decrepito Barrio Chino que las mesitas de los restaurantes hacen aun más angosta. El Bulevar es una especie de vagón restaurante al aire libre. “Los globos de papel rojo, encendidos, esparcían sobre la mesa un círculo rojizo... Roja era también la luz de una especie de candelero, encerrado en una pieza de ébano tallado y seda pintada, encima del blanco mantel...” – escribe Arrufat, o sea, el Aguafiestas que, al ver a unos amigos “los llamó haciendo señales, como si estuviera en el puesto de mando de un buque dispuesto a zarpar rumbo a Shanghai.”

Hace bastantes años estaba yo en un restaurante chino de Nueva Delhi muy parecido al que Arrufat describe en La Habana, y el efecto de coche restaurante lo reforzaba el traqueteo de un viejo y ruidoso aparato de aire acondicionado. El caso es que le pregunté al camarero que nos servía, un indio enjuto, calvo y con bigote cano, con cierto parecido a Regino Sainz de la Maza: “Oiga usted, ¿a qué hora llegamos a Shanghai?” El hombre no lo dudó un momento y respondió sonriente con un amago de reverencia: *Seven thirty, Sir.*

No deja de ser curioso que los “españoles de ambos hemisferios”, como se decía en las Cortes de Cádiz, bien que separados por más de un siglo de Historia y muchas millas marinas, tengamos ocurrencias parecidas ante las mismas cosas. Foxá por ejem-

plo no sólo se adelantó a Arrufat. En su libro *Tiempo nublado*, Octavio Paz se hacía unas reflexiones sobre la democracia imperial o el imperio democrático de los Estados Unidos que me hicieron pensar en aquel memorable artículo del conde sobre el mismo tema, el titulado *El peso de la púrpura*. También el título de la novela de Arrufat, *La noche del Aguafiestas*, me trae a la memoria una guajira de Juan Breva o de Sebastián el Pena que dice:

¿Con qué te lavas la cara,
nena, que tan bien te huele,
te la lavas con laureles
o con esencia de rosa?
Y también con una cosa
que me dio el baratillero
que yo te iba a comprar
la noche del aguacero
ay nena.

La grabación tiene ya cien años y en Cuba no creo que se canten esas cosas desde que allá se arrió por última vez la bandera española.

4. SUITE HABANA

Son algunos lo que me dicen que Cuba en general y La Habana en particular les produce tristeza. No hago distinción entre simpatizantes y adversarios del régimen allá imperante, pues éstos ven en el país una confirmación de sus prejuicios y aquéllos un desmentido de los suyos. Es muy probable que estén entre estos últimos los autores de la película *Suite Habana*, premiada en certámenes de La Habana y de San Sebastián. No diré yo que lo que se muestra de La Habana en esta cinta no sea real, pero reducir La Habana y Cuba a lo que en ella se ve es como reducir España a las películas y documentales de nuestros democráticos cineastas. Sin embargo, el hecho de que el deprimente documental se haya premiado en esas dos ciudades me sume en un mar de dudas. También los que la hicieron deben de estar sumidos en un mar de contradicciones. Poco es en efecto lo que semejante muestrario de miseria material y de vidas resignadas puede contribuir al fomento del turismo, principal fuente de divi-

sas de la isla. Por fortuna, yo no he visto la cinta sino después de haber viajado, aunque pienso que de haberla visto habría viajado igual.

Y es que cada uno ve lo que quiere ver. Es posible que muchos simpatizantes del régimen se sientan atraídos por ese espectáculo de igualitarismo menesteroso. Yo, que me muevo en otro plano moral y estético, mentiría si dijera que, con todo eso, el pueblo cubano no es un pueblo alegre. Hay quien sostiene que es alegre para olvidarse de su triste realidad, pero yo tengo la impresión de que se trata de una cuestión de temperamento. Fue Foxá, una vez más, quien puso el dedo en la llaga al atribuir esa alegría popular al negro. El negro es alegre por todo lo que el indio es triste. No voy a negar que hubiera miseria en los tiempos en que Foxá anduvo por allá; lo que es seguro es que entonces la miseria no estaba socializada. Eso de socializar la miseria es como socializar el sufrimiento, eufemismo con el que nuestros separatistas se refieren a la extensión del terrorismo a todo el territorio nacional. En ambos tipos de socialización fue un maestro ese *Che* Guevara por el que aún juran nuestros jóvenes terroristas y al que veneran muchos de nuestros burócratas. A uno de éstos, que me decía haber llegado al socialismo desde el *Che* y no desde Falange Española, le dije una vez en Oviedo que más a mi favor, pues el *Che* no era más que una etapa del proceso degenerativo que media entre la Falange y el socialismo.

En Oviedo tenía su sede el Centro Asturiano de La Habana, que poseía además unas fincas en las laderas del Naranco. Esta sede se transformó en el Centro de La Habana en Oviedo al ser nacionalizado el de Ultramar por la Revolución. El edificio del Centro Asturiano contrasta con el del Centro Gallego, al otro lado del Parque Central; ambos son grandiosos, pero el Gallego, o ex Gallego, hoy Casa de Correos, Escuela Nacional de Ballet y Teatro Lírico Nacional, está ennegrecido y polvoriento mientras que el ex Asturiano, hoy Museo Internacional de Bellas Artes, está flamante y pimpante. El misterio lo aclara una placa dorada en su fachada que conmemora la visita del Presidente del Principado de Asturias don Vicente Alvarez Areces, otro que llegó al socialismo desde el guevarismo. No es de extrañar, pues, que Asturias no haya querido ser menos que Andalucía, cuya Junta, como

ya dije, costea la restauración de los edificios del Malecón. No deja de ser conmovedora esta manera que tienen las comunidades autónomas de la madre patria de ayudar a la antigua provincia de Ultramar. Aun sin salir de Asturias, tengo entendido que el ayuntamiento de Llanes se ocupa de la conservación de un cementerio en la isla. Estas ayudas suelen ser discretas, para que la mano derecha no se entere de lo que hace la izquierda, y me figuro que en ellas la solidaridad socialista debe de pesar tanto o más que la fraternidad hispánica.

Otro de estos rasgos solidarios corrió a cargo de otro presidente de autonomía que fletó un avión en el que llevó a Cuba a un centenar de empresarios y una buena provisión de viandas de la región. Corramos un tupido velo sobre la *dolce vita* habanera de esta embajada. Baste decir que cuando llegó la hora del regreso faltaban tres de sus más conspicuos individuos, a saber, un empresario, un periodista y el propio jefe de la expedición. Al parecer, la Policía los sorprendió cuando “ejercían sus derechos sexuales” con unos menores, de “género” sin precisar, y hubo que depositar una fianza millonaria, abonada por la Caja de Ahorros felizmente en manos de sus correligionarios, la cual, al descubrirse el pastel años más tarde, explicó que aquellos millones se habían invertido en la restauración de una plaza de la Habana Vieja.

Ya se ve que, contra lo que da a entender *Suite Habana*, Cuba es algo más que un *triste tropique*.

5. SINCRETISMO

En los soportales de uno de los palacios que enmarcan la plaza de la Catedral de La Habana hay unas negras echadoras de cartas que aguardan al turista ataviadas con el que llamaríamos traje regional, muy influido por el andaluz: bata blanca de volantes y pañuelo blanco anudado a la cabeza. Son totalmente de fiar, pues forman parte del dispositivo turístico oficial. Una bella señora española, aristócrata por más señas, que fue a la catedral en busca de los enterramientos de unos antepasados, trabó conversación en Santiago con una de estas simpáticas y folklóricas mulatas que rezaba en el santuario de la Caridad del Cobre, la cual le preguntó: “¿Y a cuál dios tú le rezas, mi amor?”

“Pues a la Santísima Virgen”, contestó la española. “¿Y tú?”
“Ah, yo le rezo a Ochún”.

La señora que me lo refería comentaba que son ellos los verdaderos creyentes, los que tienen razón. Yo creo que toda manifestación de religiosidad popular es respetable. Hace años, y al ocuparme del Rocío, evocaba yo al poeta Maragall cuando nos exhortaba a mantenerse a una respetuosa distancia de aquellas festividades populares con las que no se comulga. Si yo me pierdo, que no me busquen en el Rocío ni en un antro de la santería cubana. Ahora bien, hay hombres blancos, y mujeres blancas, a los que la modernidad les infunde tales complejos que a la vez que alaban el sincretismo caribe execran las devociones católicas. Es un hecho que estas devociones rayan en la idolatría. A mí nunca me entró en la cabeza por qué tal advocación de la Virgen tiene que enfrentarse a otra advocación distinta, y aún me maravilla un fenómeno que observo desde que tengo uso de razón, y es el fervor mariano de los varones de ciertos pueblos meridionales que sólo pisan la iglesia parroquial en los días en que la patrona de la villa es traída de su ermita.

Enfrentarse a esas devociones populares es trabajo perdido. Hay un dicho en Sevilla: “Ni fías ni porfías ni cuestión con cofradías”. Toda persecución es contraproducente. Tengo un amigo en la provincia de Almería que vivió la guerra civil en zona roja y recordaba haber ido con sus mayores a una gruta en el campo donde oían misa a escondidas. Pocos países conozco donde la Iglesia haya estado tan perseguida y el catolicismo esté tan arraigado como Méjico. Recuerdo una vez, al anochecer, en San Miguel de Allende, en una callejuela mal alumbrada junto a la negra mole de una iglesia, que le pregunté a un viejecito de poncho y sombrero de palma que salía que qué iglesia era aquella. “Es la casa de mi madre Nuestra Señora y yo vengo a verla cada tarde”. Dios me libre de comparar esta devoción con los rituales de la santería, por muchos esfuerzos que hagan los antropólogos para enmarcarla en el sincretismo.

El sincretismo ha sido una de las armas de que el Estado cubano se sirve para combatir sesgadamente a la Iglesia, pues incluso en Cuba, tierra bastante menos religiosa que la mejicana,

hay devociones de difícil desarraigo. El taxista oficial que me llevaba al Cobre me comentaba que su mujer se había hecho todo el camino a pie desde Santiago por una promesa. Por eso, del mismo modo que en el nuestras socialdemocracias hedonistas se toleran y explotan las muestras públicas de religiosidad popular enfocándolas desde la antropología y el turismo, el Gobierno cubano fomenta el sincretismo y la santería con el sano propósito de minar la fe católica. Ésta aflora en dos sacramentos: el del bautismo y el de los últimos auxilios, o sea, al nacer y al morir. La santería goza por así decir de protección oficial.

De estas cuestiones y otras parecidas hablaba con el arzobispo de Santiago en el gran caserón despintado, abierto a la brisa marina, que sigue siendo el palacio arzobispal, aunque nadie sepa que hay tal cosa en Santiago. Tanto es así que la recepcionista del hotel que tomó nota de la llamada telefónica escribió con su letra de *high school*: “Señor Duque, tiene una llamada del Palacio Afrobispal”.

La misma señora que piensa que los ritos afrocubanos son más adecuados que las devociones y las oraciones que a ella le enseñaron, me dice que La Habana que a ella le gusta es La Habana decrepita, esa Habana en que cada mansión de columnas es un solar o casa de vecindad donde la gente vive en condiciones indescriptibles. Ella, en cambio, en la madre patria, vive en un palacio lleno de obras de arte y con varios patios, del que, según la estación, se traslada a una hacienda, a un cortijo o a una residencia en playa de moda. El que vaya a Rávena quedará impresionado por la tosca austeridad del palacio de Teodorico. Pues bien, este rey ostrogodo – nos lo recuerda Jiménez Lozano – juzgaba así aquel tiempo de postrimerías de una civilización: “Los godos listos quieren ser como los romanos; los romanos idiotas quieren ser como los godos.” Hace años, en el umbral febril de la Transición, al salir de una exposición bibliográfica, fui a tomar unas copas con dos señoras, el poeta Esteban Torre y el novelista Alfonso Grosso, que ya llevaba en el cuerpo más de un galón de whisky. Una de las señoras, que además llevaban abrigos de visión, dijo algo estupendo por lo progre; Alfonso se le quedó mirando de hito en hito y exclamó: “¡Las burguesas sois la leche!”

6. SURREALISMO SOCIALISTA

Un amigo austriaco, hispanista él, con el que cambio impresiones sobre Cuba, a donde también él fue a hacer turismo, no sé si revolucionario o antropológico, aun sin dejar de compartir mis reservas, se cree en el deber de destacar los logros de la Revolución. Ante esos logros, cifrados sobre todo en la alfabetización y en la asistencia médica, cabe pasar por alto la inexistencia de esas libertades y esos derechos sin los que no concibe cómo se pueda vivir todo demócrata que se respete. Es sabido que Austria es un país que hace compatibles esos derechos y esas libertades con una fuerte socialización, pero lo que no se quiere saber es que las líneas maestras de esa socialización las trazó un régimen, el nacionalsocialista, que no creo hiciera mucho caso de esas libertades y esos derechos. La ocurrencia de recordárselo a sus compatriotas daría la puntilla a la carrera política del populista Haider. Parece ser que en Austria además hasta la Iglesia se beneficia aún de la legislación fiscal hitleriana, y esto es por lo visto lo único que de esa legislación molesta a los socialdemócratas que hacen la vista gorda sobre todo lo demás.

Visto desde fuera y desde lejos, no puede decirse que el socialismo nacional saliera barato ni en Austria ni en Cuba; sólo que por el mismo precio, la falta de libertades y la negación de derechos, los austriacos recibieron unas prestaciones de bastante más calidad de las que reciben los cubanos.

Mi amigo Campuzano que, como ya he explicado en otras ocasiones, se enroló en la División Azul sin más ideales que el afán de aventura ni más intereses que el de eludir la persecución antimasónica, deslumbrado por lo que veía en la Alemania nazi y oía de la Rusia soviética, escribía que eso era lo que había que hacer, un socialismo a fondo, como Hitler y Stalin, en lugar de dedicarse a “reclamar Tánger y Gibraltares”.

Es posible y hasta lógico que la persona que manda en Cuba sea un admirador secreto, por no decir un imitador, del que mandó a Rusia la División Azul. Este señor hizo por España algo más que reclamar Tánger y Gibraltar, pero ya dijo Benavente que benditos sean nuestros imitadores, porque de ellos serán todos nuestros defectos, y eso explica que la vida del pueblo cu-

bano sea lo que los cineastas e historiadores antifranquistas dicen que por lo visto fue la vida del pueblo español cuando aún era “menor de edad”.

En aquellos tiempos, corría el año del Señor de 1970, vivía yo en Roma y publiqué en Barcelona y en Milán una novela sobre la Revolución cubana sin más documentación que los relatos de personas que la habían hecho y luego habían puesto los pies en polvorosa. Si la España de entonces hubiera sido como ahora la pintan, es decir, como la Cuba de ahora, no se me habrían echado encima con toda libertad unos críticos que no recataban su veneración por todo lo que se ponía en solfa en aquel relato sobre el surrealismo socialista. Poco después descubriría en una librería de lance un libro de Paul Morand, *Magie noire*, donde ¡en 1930! se predice la ruptura de hostilidades entre Estados Unidos y el Japón “después de la indecisa batalla de Pearl Harbour (islas Hawai)” y se cuenta con todos los detalles una revolución soviética en una isla del Caribe, Haití, en todo aplicable a lo ocurrido treinta años después en Cuba. Vivía aún Paul Morand y le mandé aquella novela mía diciéndole que yo no había tenido más que la paciencia de describir lo mismo que él había tenido el genio de vaticinar.